

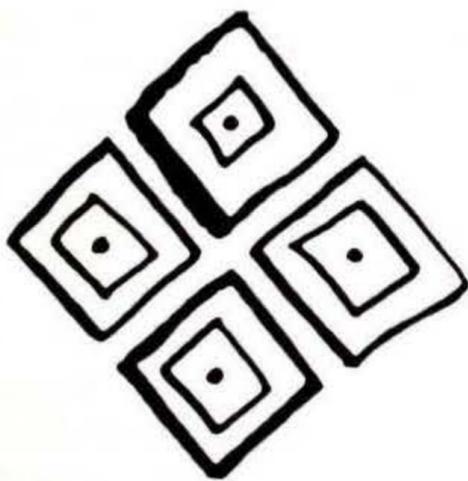
Amplitud, modulada

Buenos días, América

David Sánchez Juliao

Editorial Planeta, Bogotá, 1988, 309 págs.

Soplan de nuevo las calientes brisas literarias del Caribe. Y retornamos los lectores a una de esas escalfadas poblaciones costeñas, Lorica en este caso, acostumbrada desde los tiempos coloniales al intrincado sistema de comunicaciones que la gente, debido a la tardanza de la tecnología o a sus imperfecciones, llama actualmente *radio bemba*. Esta totalitaria voz del pueblo opera mediante el chisme vertiginoso, la maledicencia justiciera y las habladurías que con el mero hecho de mentar limpian, fijan y dan esplendor al estado de cosas imperante. Corren de boca en boca comentarios sobre el acontecimiento próximo. Esta vez no se trata del tránsito de uno de esos prelados que campean por el género (aunque en esta novela no podía faltar la visita de un nuncio), sino de la instalación de la primera emisora radial de la ciudad. La rumorosa vida ya no será la misma.



David Sánchez Juliao se encarga de contarnos esta historia. Lo hace desde adentro, desde la amena posición de un loriqueño que estuvo en todo y ahora tiene todo el tiempo por delante de su mecedora. Esta postura, sumada a lo que bien parece ser la conciencia de haber logrado fórmulas de amplia aceptación que, con o sin su consentimiento pleno, pueden ser fusiladas por el medio metali-

terario de la televisión, da como resultado una novela, *Buenos días, América*, que vacila entre la destreza y la comodidad.

Tal vez lo más logrado en ella es la manera sigilosa, comprensiva y alejada de toda cruda militancia como Sánchez Juliao presenta el manotazo (involuntario) que la inauguración de la emisora significa contra el vetusto tablero de ajedrez de los poderes de Lorica; por allá, si no fallan los cálculos, en el año 1965.

David Lavallo, prohombre que conjuga las pasiones disímiles de la música clásica y el caciquismo regional, es quien decide que la sinhueso ya necesita la prótesis de un micrófono. Cosas de diletante, que acaba por creerse la idea de que sería posible "culturizar" a la semisalvaje población de la comarca. Para desmayo suyo, los resultados son tan mulatos como el vulgo. Cuando alguien oye en la plaza de mercado a una verdulera tarareando el *Himno a la alegría* de Beethoven y le pregunta qué canción es esa, obtiene esta respuesta: "Es uno de los merengues tristes que pone el viejo Lavallo en la emisora" (pág. 252).

Pero Lavallo tiene también motivos menos edificantes. Las "clases emergentes" han generado un nuevo espécimen político, preparado, sagaz y, sobre todo, suciamente rico. La radio será el embeleco que contrarreste su creciente influencia. Y que enrede hasta al propio Lavallo con la suya.

La novela describe cómo él, cómo Lorica entera van adaptándose a las nuevas condiciones. De manera muy propia de los personajes de Sánchez Juliao: con una dignidad, en fin de cuentas, cuya prueba evidente es el humor. Y en el proceso, *radio bemba* no es sustituida sino más bien condicionada y alimentada por la emisora omnipresente, que sin descanso lanza al aire "La Versión" de todos los acontecimientos, ordinarios y extraordinarios, con que bulle Lorica. Conviene aquí anotar que ni el run-rún ni la radiofonía tienen que ver con el esclarecimiento progresivo de ninguna verdad que concierna a mentadores y mentados. Habría de trasfondo en la novela la exposición de

un miedo antiguo: el horror al silencio, ese factor que nadie tiene en cuenta al explicar sobre qué se sustentan los poderes. Bueno, aunque no queda claro si esto aparece a voluntad del autor o si es una de esas cosas que exudan las novelas por su cuenta.

Esto, porque salta a la vista que Sánchez Juliao se esmera es en la historia del locutor estrella, conocido por todos como "El Pupi", quien se convierte en la carne del libro por sobre las deletéreas angustias del silencio. Acaso por la Paradójica razón de que obviamente no es un personaje ficticio, "El Pupi" entra a formar parte de la notable lista de apodos con que Sánchez Juliao ha enriquecido (a despecho de doctos catedráticos) nuestro reperto de creaciones literarias. Irónico, descreído, ingenioso y corroncho, llega a ser un factor de poder tan incómodo como imprescindible para el fino Lavallo.

Cómo no mencionar el cariño —ésta sería la palabra— con que Sánchez Juliao vivifica a sus personajes. Esto, y su aguda visión para el detalle, que otros literatos han tachado de frivolidad, hacen que corra como agua el recuento de las anécdotas de aquellos tiempos memorables. Tal parece que el autor no dejó escapar una sola; y encuentran un acento peculiar en la sostenida aplicación de una técnica que podría definirse como de sublimación de lo "trivial" y trivialización de lo "sublime". Para este fin se abunda aquí en el recurso de que, a cada dos pasos, un personaje y otro y otro vayan soltando frases lapidarias que resuelvan la escena. Difícil decir algo a este respecto, ya que, a medida que facilita la lectura, el ingenio del autor da signos de fatiga. Tal es el caso de la tertulia de El Karkadé, cuyos miembros no dejan pasar nada sin glosarlo, pero con chistes y salidas que no resultan siempre afortunados y muchas veces dan la impresión de algo forzado o anodino. Y, sin embargo, precisamente estas chaturas, estos pequeños desencantos, son los que dan a la novela cierto sabor a vida diaria.

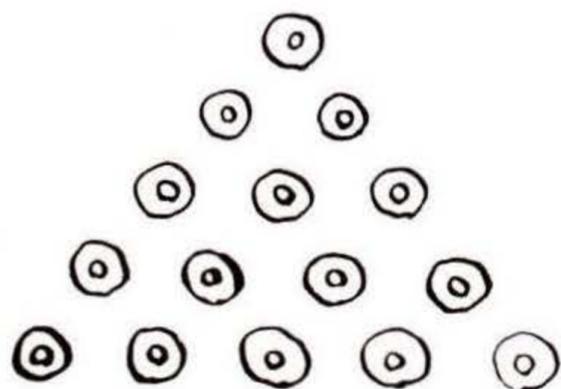
Las figuras, la ambientación (y hay que dar excusas a quienes ofenda este

término), el discurrir de las mil voces de Lorica, las disparatadas improvisaciones de "El Pupi" y en especial las hilarantes *cuñas* que se inventa para los negocios locales, justifican a *Buenos días, América*. No obstante, y sin ánimo de parecer incisivos (todo autor está en su derecho de prevenir rabetas del futuro), habría que decir que el caudal de la novela se enturbia por dejar ver que ha sido concebida de una vez para ser adaptada a la "pantalla chica". Porque no habría otra razón para el infeliz (desde el punto de vista de las letras) injerto de los amores entre "El Pupi" y América, la mulata cuyo nombre se presta para el juego de palabras del título y a quien Sánchez Juliao insiste en ensalzar en términos ganaderos, un escarceo banal sazonado con trucos de comedia de equivocaciones. Prueba de su digestible gratuidad es el estilo con que lo cuenta:

"Fue suficiente. La vio más hermosa que nunca. Con la luz de la tarde enredada en sus cabellos lacios, brillantes. Con el amor reflejado en una mirada fija, cómplice, tierna, que era casi un beso, una insinuación [...] y el cuerpo todo dando la impresión de que se trataba de una estatua de carne, que tenía corazón, y por cuyas venas corría una sangre a caudales, cuyo murmullo él advertía en la respiración [pág. 269]."

Y el final, romaticón y así de abrupto.

CARLOS JOSE RESTREPO



Talleristas y escritores

Taller de escritores, diez años

Varios autores

Biblioteca Pública Piloto, Medellín, 1988,
219 págs.

Que un taller de escritores arribe a su primer decenio de actividad ininterrumpida, demuestra, una vez más, que la institución taller de escritores se ha convertido en el legado que deja la Colombia literaria de los años ochenta a la historia del país.

Entendidos por algunos como eficaz instrumento para la forja de escritores (sí, forja; por eso son talleres), y considerados por otros como una verdadera plaga, los talleres se han ido multiplicando lenta pero efectivamente, hasta el punto que lo extraño hoy por hoy es que existan revistas, universidades y bibliotecas que no los mantengan como brazo operativo.

Por supuesto, algunos talleres merecen especial atención, bien por la nombradía de sus coordinadores, bien por la obra colectiva e individual que han ido revelando. Entre ellos cumple papel destacado el taller de escritores de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín.

Creado en 1978 por varios *gomo-sos* (así los califica Manuel Mejía Vallejo, director del taller), el de la Biblioteca Pública decidió celebrar sus dos primeros lustros (con seguridad vendrán más), como debe ser: editando un libro.

El libro no recoge los textos creados por la totalidad de miembros del taller. En el prólogo de este volumen colectivo, Mejía Vallejo explica por qué: "Esta antología sólo recoge trabajos de los que, pertenecientes al Taller de la Piloto, han publicado cuando menos un libro" (pág. 9).

Tal precisión limita el libro a "los de mostrar", es decir, a los editados del taller. Los inéditos (no sabemos si el grupo de la Piloto alberga inéditos, pero lo sospechamos) no tienen oportunidad en el volumen. Ni siquiera son mencionados (lo cual es una descortesía, por decir lo menos).

Es una antología, no una muestra colectiva, no un volumen grupal. Tal característica, importante, pues entregaría una nueva dimensión al libro, no es advertida sino así, muy de paso, como si no obedeciera a un proyecto editorial bien claro.

La colección Trabajo de Taller (de la cual el libro en mención es su décimo volumen), le ha entregado al país interesantes muestras de lo que surge del interior de este grupo de autores. Valga recordar el libro de viñetas (si la memoria no es infiel, el poeta Darío Jaramillo lo llamó "libro de cuadros") *Es tarde en San Bernardo*, de José Libardo Porras. Ahora, si consideramos a *Taller de escritores, diez años* como una antología, debemos decir ya que, en tal condición, olvidó su más destacables antecedentes, soslayó el necesario balance creativo que pudo habernos dado con excusa de celebración, como festejo.

Es nuestra decisión entender el volumen como la muestra de los trabajos más recientes del grupo de talleristas editados. Así, la valoración cambia, pues permite un ligero asomo respecto de lo nuevo que se sigue forjando al tenor de las reuniones cotidianas que practican estos escritores.

Ellos son Verano Brisas, Jairo Morales Henao, David Pineda Salazar, Juan Diego Mejía, Everardo Rincón Colorado, Edgar Trejos, Luis Fernando Macías, Wilealdo García Charria, Gilberto Luque, Sergio Vieira, Orlando Gallo, José Libardo Porras, Lucía Victoria Torres y Héctor Ignacio Rodríguez. Algunos son poetas, otros prosistas, y otros poetas y prosistas al mismo tiempo. Y, claro, la mayoría de ellos jóvenes.

Pero vayamos al libro, no sin antes advertir que, si uno pretende evaluar la producción de cada uno de los autores, la muestra es verdaderamente escasa. Un dato: de Héctor Ignacio Rodríguez tan sólo se incluyen dos poemas. Así, es fácil comprender que si el volumen amerita un juicio, éste debe ser sobre el taller visto de conjunto, y no sobre sus individualidades. Por cierto, ya se ha dado esa opción con los volúmenes de autor publicados anteriormente.